

En sociedades como la nuestra, generalmente nos quejamos de la impunidad: en efecto, el crimen, el delito, no parecen tener la consecuencia que el ciudadano espera como respuesta del Estado o de las instituciones a los hechos teóricamente punibles. Pero ¿hasta qué punto no somos cómplices de un marco general en el que las consecuencias lógicas de ciertas acciones se diluyen en la indiferencia o en la desidia? Si a ver vamos, vivimos un entorno en el que la propensión a “salirse de la norma” se convierte en la norma misma: acciones como “comerse la flecha”, “colearse” o hacer algo indebido porque “nadie está viendo” se instalan en la dinámica cotidiana y no parecemos ser muchos los que vemos esto con preocupación e intentamos utilizar los medios a nuestro alcance para impedirlo. En estos intentos nos llevamos calificativos como “amargado” o instrucciones como “No se meta” o “Disfrute de la vida”. Y quienes se van formando en un contexto así van acostumbrándose a que “no pasa nada” ante lo ilícito. Porque además, si lo “ilícito ajeno” es desmesurado (la criminalidad, el abuso de poder en altas esferas, por ejemplo), nos horroriza, y parece erigirse en justificación para la comisión de lo “ilícito propio”, ya que se termina pensando que se trata de un acto menor en el que, como alguna vez nos han respondido, “no se está matando a nadie”.

Pero sí. Esta indiferencia ante lo aparentemente *inocuo* nos enrumba, valga el juego de palabras, hacia lo *inicuo*. En cada ocasión en la que nos dejamos pasar a nosotros mismos la infracción, el abuso, la desconsideración para con el otro, estamos forjando el basamento de la inequidad. Acabar con la equidad en nuestros actos cotidianos, recurrir al ventajismo, al abuso o a la viveza es trazar un camino en el que ese sentido distorsionado de tener más derechos que los demás no distingue que eso que creemos minúsculo, poco a poco –o mucho a mucho– va minando los fundamentos de la convivencia. Es esencial entender que somos partícipes y cómplices de una cultura de la impunidad cuando esas aparentemente pequeñas acciones con las que pisoteamos los derechos de otros nos resultan intrascendentes o incluso divertidas. Cuando olvidamos que la vergüenza es, entre otras cosas, la “estimación de la propia honra”. Cuando nos callamos ante el abuso de los demás porque creemos que sus actos no nos afectan o porque, precisamente, tememos que sí nos afecte su reacción si no guardamos la complicidad del silencio. Y es que la cultura de la impunidad es hermana de *la cultura del miedo*.